



Instructions for authors, subscriptions and further details:

<http://rasp.hipatiapress.com>

Editorial. Vejez y Género. Algunos Conceptos para el Análisis y el Debate

Pedro Sánchez Vera¹

1) Universidad de Murcia, España

Date of publication: January 30th, 2016

Edition period: January 2016 - July 2016

To cite this article: Sánchez Vera, P. (2016). Editorial. Vejez y Género. Algunos Conceptos para el Análisis y el Debate. *Research on Ageing and Social Policy*, 4(1), 1-21. doi: [10.17583/rasp.2016.1881](https://doi.org/10.17583/rasp.2016.1881)

To link this article: <http://doi.org/10.17583/rasp.2016.1881>

PLEASE SCROLL DOWN FOR ARTICLE

The terms and conditions of use are related to the Open Journal System and to [Creative Commons Attribution License](https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/) (CCAL).

Editorial. Vejez y Género. Algunos Conceptos para el Análisis y el Debate

Pedro Sánchez Vera
Universidad de Murcia

Hace tiempo, en un muy interesante artículo sobre la sociología de la vejez (y de las edades) en España (Miret y Pérez, 2007), se analizaba la creciente penetración de la sociología de la vejez dentro de la sociología española, así como la evolución de sus distintos campos de interés a la par que había ido evolucionando la sociedad española desde la transición (tomando en consideración, sobre todo, la mejora en la situación económica y social de los mayores). Ya entonces se apuntaba el creciente interés por los estudios de vejez y género. Desde entonces la proliferación de trabajos en este ámbito ha sido notable.

No hace falta insistir que desde la sociología se ha prestado atención creciente al fenómeno de la presencia mayoritaria de las mujeres dentro del grupo de mayores de 65 años. Desde los trabajos de referencia de Arber y Ginn (1996) se ha venido produciendo bastante al respecto. Siendo un hecho central la feminización de la vejez, sin embargo, quedan por indagarse –al menos en la sociología española de la vejez– algunos ámbitos que vayan más allá del antes referido. Es en este punto donde me gustaría llamar la atención sobre la valía del número de la revista RASP que el lector tiene en su mano. En el mismo se ponen en relación vejez y género tomando como referencia temáticas tan interesantes como dispares como las aquí abordadas: viudedad, homosexualidad, socialización, política, religiosidad.

2 *Pedro Sánchez Vera – Editorial. Vejez y Género*

Dentro de la evolución de la sociología de la vejez en España, y a modo de presentación y de contextualización del muy interesante elenco de artículos que conforman este número monográfico de RASP, que hemos tenido el honor de coordinar, me permito referir algunos conceptos teóricos que entiendo nos permiten un adecuado abordaje de la vejez en relación al cuerpo y al género.

Para poder hacer un análisis sociológico adecuado de la vejez en relación al género, entendemos que previamente deberíamos poner en relación estos dos ámbitos (vejez y género) con algunas de las tendencias sociales más actuales que, sobre el cuerpo, las edades y el género-sexo, vienen acaeciendo en nuestras sociedades. Tendencias que vienen siendo estudiadas por distintos ámbitos disciplinares de la sociología, entre los cuales están la sociología de la vejez, la de las edades, la del género y, por supuesto, la sociología del cuerpo. De esta última y de sus debates y hallazgos, se está empezando a nutrir una emergente y cada vez más madura sociología de la vejez. Algunos de los artículos que componen este número son un buen exponente de este hecho, tal como hemos señalado.

Dentro de las referidas tendencias sociales, me quiero detener en una nueva sociología de vejez (y de las edades) que cristaliza, entre otras cosas, en la exaltación del cuerpo joven y en los cuerpos de futuro (Fukuyama, 2000; 2003; Sánchez Vera, 2008). Junto a esto, la tendencia social hacia la cosificación (cuando no la mercantilización) de los cuerpos y la medicalización de la vida social en muy variados ámbitos (Lipovetsky, 2007).

En las sociedades postindustriales se produce una exaltación del cuerpo joven y bello, que contribuye a la “pérdida de valor” del cuerpo senior (tanto desde una perspectiva relacional como cronológico-biográfica) así como a la práctica de un “edadismo” social en la medida que los sujetos pierden belleza y lozanía al paso de los años. Como señalaba Bazo (2005, p. 48):

Una de las características de las sociedades contemporáneas es el “edadismo”. Dicho edadismo, se ve especialmente acentuado en la elevada valoración del cuerpo joven en nuestras sociedades (...) paradójicamente, en las sociedades envejecidas, las personas mayores van teniendo una creciente visibilidad social, pero a pesar de la referida visibilidad, la vejez es todavía temida y odiada, y suele producirse una invisibilidad manifiesta en los medios de comunicación, que dan la impresión de que en el mundo sólo existen personas jóvenes, e incluso podríamos añadir que además solo existen las personas guapas, sanas

y ricas. La idolatría que las sociedades contemporáneas profesan por los valores asociados a la juventud, hace que las personas ancianas gocen de escaso prestigio social, existiendo incluso prejuicios acusados respecto a las personas ancianas y la ancianidad en general. Esto es lo que ha llevado a los expertos a hablar de “edadismo”, término traducido del inglés “*ageism*”, y que hace referencia a la prevención contra las personas ancianas, que suelen ser percibidas negativamente.

La resistencia activa a las secuelas que en el cuerpo deja la edad se convierte en uno de los imperativos de nuestras sociedades. El culto abierto a la juventud y a la salud tiene su antípoda en la vejez y la muerte que son percibidas no sólo como una adversidad personal sino también como un cierto fracaso moral, por lo que se espera de toda persona responsable que no se abandone a la usura del tiempo y que luche denodadamente por conservarse joven y sana (Castillo, 1997, p. 34) so pena de ser objeto de menosprecio (Berger y Berger, 1972, p. 323). Muy interesantes resultan las aportaciones al debate por parte de Castillo (1997), el cual nos hace ver la doble dimensión de la intervención sobre nuestro cuerpo en nuestras sociedades consumistas: de un lado, hedonismo, de otro, control y sufrimiento para estar en valor. Castillo hace un repaso casi exhaustivo de autores (Durkheim, Weber, Webler, Nietzsche, etc.) y tipos de sufrimiento, para hacernos ver la doble dimensión del cuerpo.

Autores como Le Breton (2006) se refieren al cuerpo en tanto que construcción simbólica, esto es: el efecto de una construcción social y cultural. A partir de la medicina y la biología, se formula la concepción del cuerpo admitida por la sociedad occidental. Concepción de la persona que le permite al sujeto decir “mi cuerpo”, como una posesión. En esta línea, Lipovetsky (2000) señala cómo la representación social del cuerpo ha sufrido una mutación, la llegada de un nuevo imaginario social en torno al cuerpo produce el narcisismo. El miedo moderno a envejecer y morir es parte de ese neo-narcisismo: el desinterés por las generaciones futuras intensifica la angustia de la muerte. El individuo pasa a enfrentar a su condición mortal sin ningún apoyo trascendente. En cuanto a la personalización del cuerpo, el permanecer joven y no envejecer es el mismo principio del reciclaje, el propio cuerpo se convierte en sujeto y debe situarse en la órbita de la liberación.

Desde una perspectiva de género, la vejez también debe prestar atención a la sociología del cuerpo y de las emociones (esta es la denominación que

4 *Pedro Sánchez Vera – Editorial. Vejez y Género*

está cristalizando progresivamente). Para autores como Randall Collins (1997), la sociedad es ante todo una actividad corporal y de emociones.

A la hora de interpretar del cuerpo anciano, autores como Giddens y Turner hacen notables aportaciones para la sociología de la vejez. Así Giddens (2000) nos hace comprender que el cuerpo no es un mero ente biológico, sino que se encuentra afectado por las influencias sociales como experiencias, contexto de vida, normas, valores, que experimenta un ser humano en cada ciclo de su vida, e inculca una técnica corporal, que se expresa en el uso social que se hace de él. Para Giddens (1995), el sujeto es “responsable” de su cuerpo, el cual es sometido a reelaboración permanente a lo largo de la vida. Para Turner (1989, pp. 57-89), el cuerpo puede y debe convertirse en una parte central de la investigación sociológica, pues el cuerpo es fundamental para los órdenes micro y macro de la sociedad.

Una sociología del cuerpo debería incluir a juicio de Turner, entre otros elementos, una “sociología de la desviación y del control”, pues las mortificaciones del yo están unidas a las del cuerpo. Distinguiendo entre la desviación de las apariencias del cuerpo (sonrojos, rubores, secreciones no deseadas) sujetas a la vigilancia cultural, y las desviaciones del cuerpo interior (la afección y la enfermedad), que son también objetos de evaluación moral. Así Turner entiende que “la sociología del cuerpo como vehículo de información acerca del yo, se dividiría en torno de la estigmatología de la apariencia exterior y de los cuerpos deformes” (1989, p. 68). Igualmente considera factores básicos las dicotomías “privado-público” y “masculino-femenino”. La mejora del aspecto físico a través de las reparaciones corporales, así como a través del tratamiento de la enfermedad –no olvidemos que la concepción de la vejez como enfermedad es una de las más claras manifestaciones del antes referido edadismo–, son algunos factores que, como pone de relieve Turner, hacen difícil saber realmente qué es el cuerpo, “pues siendo material también es una metáfora” (1989, p. 32). Para Turner (1994), el cuerpo ofrece de por sí una amplia superficie apropiada para exhibir pública y notoriamente marcas de la posición familiar, rango social, afiliación tribal y religiosa, edad y sexo.

Para las relaciones vejez y género, resultan igualmente interesantes y enriquecedoras aportaciones como las de Elías (2006), el cual nos habla de cómo en la Edad Media empezaron a gestarse nuevas formas de intervención sobre el cuerpo y cómo estas distinguirán en adelante a una clase social de

otra: cómo comportarse en la mesa, las necesidades naturales, modos de sonarse, escupir, autocontrol de heces fisiológicas, las relaciones sexuales, límites de la vergüenza, del pudor, las transformaciones de la agresividad y la violencia (Elias, 2006, pp. 144-169). Bourdieu (1986) seguirá con la vinculación entre clase y control sobre el cuerpo.

Para entender al sujeto mayor (mujer u hombre), difícilmente podremos hacerlo si no lo ponemos en relación con su estatus social. Por esto, y sin entrar en las teorías del estatus y las clases (que quedan fuera de los objetivos de esta introducción), es inevitable hacer alguna alusión a conceptos colindantes –siguiendo el esquema de análisis de Max Weber–, diferenciando tres esferas de influencia: clase, estatus y poder: La clase, en general, se refiere a la situación económica de las personas en una comunidad. El estatus suele definirse como la posición que ocupan en un grupo, y que conlleva derechos y deberes. La categorización por edad tiene serias limitaciones, ya que, en lugar de hacer referencia a personas, sugiere categorías y estereotipos; así las personas son categorizadas por las percepciones que de ellas se tiene. Referido al poder, en función del tipo de sociedad, el anciano ocupa una posición más o menos valiosa. Históricamente se observan cambios en la estructura y en la organización de las sociedades que han contribuido a mermar el estatus y el prestigio de las personas mayores.

Sin abandonar los tradicionales ámbitos del edadismo (prevención-prejuicios hacia la vejez) y el de la construcción social de las edades, la sociología de la vejez debe escrutar y soportarse en bases teóricas a las que rara vez se hace mención. En este ámbito, la exaltación de lo joven y la lucha de los sujetos proyectos por disimular las secuelas que la edad deja en el cuerpo es un campo de referencia.

En la construcción social de la vejez, el declive de la “salud” aparece como un hecho central en los estudios sobre esta, en la medida que el deterioro de la salud aparece como la razón principal para considerar que una persona ha entrado en la vejez, aún por encima de la edad (IMSERSO, 2001). Los sujetos son en parte lo que su aspecto denota (el cuerpo como escenario). El paso del tiempo, aunque deja huellas físicas y condiciona la personalidad de cada ciudadano, es el factor más objetivo de referencia social. Pues cada sujeto tiene un cuerpo, en el que, aunque con más o menos importantes márgenes de error, se puede determinar el impacto del tiempo sobre el mismo (edad biológica). De esta manera, del cuerpo socialmente

6 *Pedro Sánchez Vera – Editorial. Vejez y Género*

informante, es difícil sustraerse, ya que es el reflejo de una historia o biografía individual, de unos rasgos o caracterizaciones de los grupos próximos al sujeto en cuestión, y el reflejo de una condición y estatus social individual, de una clase social y de un estilo de vida.

Relato a continuación y de manera sucinta algunos de los conceptos de la sociología en los que enmarcar la relación entre vejez y género.

Dentro de la sociología de Pierre Bourdieu, sus conceptos de “capital físico” (nuestro cuerpo), “capital, cultural” (lo que sabemos), “capital económico” (lo que tenemos) y “capital social” me parecen del mayor interés. Junto a estos “capitales”, podríamos añadir otro que, en opinión de la socióloga Catherine Hakim, debería considerarse el cuarto “activo personal” (Hakim, 2012, pp. 102-104); se trata del concepto de “capital erótico”, el cual lo define como una combinación de atractivo estético, visual, físico, social y sexual para otros miembros de tu sociedad, y especialmente para el sexo opuesto, en todos los contextos sociales, una mezcla de belleza, atractivo sexual, vitalidad, saber vestirse bien, encanto y don de gentes. Así, para Hakim, a más capital erótico, más resultados en la vida.

Para entender la obsesión por el control de los cuerpos y continuando con Bourdieu (1986), resultan particularmente interesantes las diferencias entre el “cuerpo real” y el “cuerpo ideal” (socialmente deseable). Entre uno y otro está el “cuerpo recreado”, donde el sujeto actúa e interviene en mayor o menor medida y de una forma u otra sobre su cuerpo. Estos ámbitos nos permiten reflexionar sobre las intervenciones sobre el cuerpo para “rejuvenecerlo” o mantener su “capital” (físico, social, erótico).

De este mismo autor, el concepto de “hábitus” es central para una sociología del cuerpo.

El habitus se define como un sistema de disposiciones durables y transferibles –estructuras estructuradas predispuestas a funcionar como estructuras estructurantes- que integran todas las experiencias pasadas y funciona en cada momento como matriz estructurante de las percepciones, las apreciaciones y las acciones de los agentes cara a una coyuntura o acontecimiento y que él contribuye a producir (Bourdieu, 1972, p. 178).

El “hábitus” va a depender de la clase social y afecta también a nuestro cuerpo, ya que no es un simple estilo de vida que se deriva de pertenecer a

una clase sino que implica la totalidad de nuestros actos y pensamientos, pues es la base con la cual tomamos determinadas decisiones. Es el pilar que conforma el mero conjunto de conductas y juicios aprendidos aunque pareciese que es lo “natural”, como lo llama Bourdieu, en nosotros: nuestros gestos, gustos, lenguaje, etc. El “hábitus” implica pues una serie de inclinaciones e inercias que vinculan el género a nuestro cuerpo, y que actúan a modo de “recordatorio” de cómo hemos de comportarnos –como hemos aprendido–, según unas maneras masculinas y otras femeninas. Para Bourdieu, a través de la “hexis” modelamos y actuamos sobre nuestro propio cuerpo. A través de la misma “envolvemos” nuestro cuerpo y se enclasa y establecen jerarquías entre los individuos (Bourdieu, 2004).

De Bourdieu podríamos rescatar igualmente el concepto de “violencia simbólica” (Bourdieu y Passeron, 2000) para entender el “edadismo” de las sociedades y la lucha entre los grupos por imponer su visión del mundo y que ésta sea percibida como normal y legítima. El control sobre el cuerpo (Bourdieu, 1986), al igual que la antes referida exaltación del cuerpo joven, vienen justificadas en este concepto, así como la “dominación” de lo masculino dentro de la visión de género de las sociedades (Bourdieu, 2000).

En la construcción de una sociología de la vejez (y de los mayores), quizás deberíamos añadir, junto al “hábitus”, el concepto complementario de “estilo de vida”, el cual alude a los comportamientos de la vida cotidiana e implica que estas conductas están influidas no sólo por variables socioeconómicas, como la renta o el hábitat, sino también por otros factores que tienen más que ver con lo simbólico o cultural: los deseos, las ideas y las imágenes. Por otro lado, el estilo de vida tiene una manifestación visible a través del lenguaje, el vestido y el aspecto exterior, los gustos y las aficiones, las relaciones familiares y de amistad e, incluso, la vivienda, pero sobre todo con el conjunto de actividades cotidianas (Andrés Orizo, 1998, pp. 269-270). En opinión de una experta, referido a las personas ancianas, el concepto de estilo de vida lleva a considerar a las personas ancianas como un grupo heterogéneo, lo cual se ajusta a la realidad, pues, tradicionalmente, o al menos durante una primera etapa de la sociología de la vejez en España, a los mayores se les ha dado un tratamiento homogéneo (Bazo, 2005, p. 49). La consideración de homogeneidad con la que se ha tratado a los mayores ha sido frecuente; sin embargo, nada más alejado de la realidad, pues la

heterogeneidad ha sido precisamente uno de los hallazgos de la sociología de la vejez (Cabré, 1993, p. 19).

Referido al cuerpo y al género, el concepto de “estigma” (Goffman) resulta de gran operatividad a la hora de valorar el cuerpo, particularmente el femenino, más ligado a la “observación” social y a la identidad. Con la edad, los atributos de feminidad (la mujer ya no puede reproducir, pechos caídos, etc.) ven mermar el valor de su cuerpo, que se ve sometido a una cierta “mutilación” (algo parecido ocurre en la mujer que, como consecuencia de una operación de cáncer de mama, se ve mermada de una parte de su identidad). De Goffman, interesan particularmente sus referencias a la presentación del yo en la vida social (1959) y, sobre todo, el concepto de “estigma” (1995). Para Goffman, esa representación no es casi nunca inocente o espontánea, sino que resulta pautada por las normas sociales o las conductas precedentes, y por tanto sujeta a un programa de actuación. Así los sujetos o “actores” aprenden un “programa” que les viene dado a través de unos “papeles”. Para analizar la vejez, el concepto de “estigma” nos parece del mayor alcance. Así, para Goffman, el individuo estigmatizado puede descubrir que se siente inseguro acerca del modo en que nosotros, los normales, vamos a identificarlo y a recibirlo. De este modo, aparece en el estigmatizado la sensación de no saber lo que los demás piensan realmente de él. Dentro de los tres tipos de estigma referidos por Goffman (las abominaciones del cuerpo, los defectos de carácter del individuo y los estigmas tribales de la raza, nación o religión), sobre todo los dos primeros resultan del mayor interés para deslizar una mirada sociológica sobre la vejez y el género. Otro concepto de Goffman que puede resultar de interés para el análisis sociológico de la vejez en relación al género es el concepto de “glosas corporales” (Goffman, 1979, p. 30).

A la hora de “intervenir” sobre las secuelas que el tiempo deja sobre el cuerpo, entendemos del mayor interés hacer referencia entre otros a los conceptos de “técnicas del cuerpo” (Marcel Mauss) y de “tecnologías del yo” (Foucault). Referido a las “técnicas del cuerpo”, nadie duda de la importancia que tiene para muchos sujetos mayores la dirección y organización espacio-temporal de su cuerpo. Los hábitos como una forma de organización de la vida cotidiana han sido frecuentes en los análisis sociológicos de los sujetos mayores. Marcel Mauss señala que el cuerpo es el primer y más natural instrumento del hombre: “Aludo con la expresión ‘técnicas del

cuerpo' a las formas en que los hombres, en las distintas sociedades, utilizan, de acuerdo con la tradición, su propio cuerpo.” (Mauss, 1971).

A partir de allí Mauss realiza una exhaustiva descripción y clasificación de técnicas corporales en distintas culturas, entre las que se encuentran: las técnicas del movimiento, de la actividad, del reposo, del sueño; las técnicas de los cuidados del cuerpo y su desarrollo etario, obstétricas, crianza y nutrición, adolescencia, educación y adiestramiento; las técnicas de la sexualidad y la diferencia entre los sexos; las técnicas del alma o técnicas del cuerpo para entrar en comunicación con los dioses, etc. etc.

Para Mauss, los principios de las técnicas mencionadas (1971, pp. 309-336) para entender el cuerpo son: 1) División de las técnicas corporales según los sexos; hay una sociedad de hombres y mujeres, dice Mauss, donde hay razones, nuevamente, no solo psicológicas y biológicas, sino también sociológicas. 2) Variación de las técnicas corporales por motivo de la edad; hay características que se consideran hereditarias pero que en realidad pueden ser de cualquiera de las tres fuentes anteriormente mencionados, ya sea de orden fisiológico, psicológico o social. 3) Clasificación de las técnicas corporales en relación con su rendimiento; el adiestramiento como tal pareciera ser en relación humano-animal, pero lo cierto es que el primer adiestramiento sucede como montaje entre humano y humano, se adquieren rendimientos, normas y técnicas desde la primera infancia. Los primeros en quedar sometidos a adiestramiento son los propios humanos, antes de domesticar a los animales. 4) Transmisión de las formas técnicas; según esto se pueden analizar los principios de la elección social de los movimientos adecuados y los incorrectos.

Siguiendo con los imperativos de la “vejez activa”, a la que con tanto éxito se ha apuntado la sociología de la vejez, la resistencia de los sujetos a envejecer nos lleva de lleno a otro de los autores que reflexiona sobre las intervenciones sobre el cuerpo. Se trata de Michel Foucault, el cual denominaba “tecnologías del yo” a uno de los tipos de prácticas mediante las cuales los seres humanos han producido conocimiento sobre sí mismos (los otros tipos de prácticas serían: las tecnologías de manipulación de cosas, las tecnologías simbólicas y las tecnologías de poder). Las “tecnologías del yo” son aquellas que

permiten a los individuos efectuar, solos o con ayuda de otros, cierto número de operaciones sobre su cuerpo y su alma, sus pensamientos,

10 *Pedro Sánchez Vera – Editorial. Vejez y Género*

sus conductas, su manera de ser; es decir, transformarse con el fin de alcanzar cierto estado de felicidad, de pureza, de sabiduría, de perfección o de inmortalidad (Foucault, 1990, p. 48).

Las tecnologías del yo incluyen actividades que, como en el caso de la confesión o la dirección pedagógica, implican en alguna medida el control de unos sujetos por parte de otros más que una gestión individual de las prácticas. Referido a las “tecnologías del yo” y como consecuencia de la sexualización de las sociedades post industriales y del creciente valor que las sociedades otorgan al cuerpo físico, no es de extrañar que entre las tendencias sociales se encuentre un crecimiento en los gastos destinados a la seducción de los cuerpos, que en opinión de algunos especialistas (Lipovetsky) excede en crecimiento al gasto destinado a educación.

La preeminencia del cuerpo y de la salud son puestas de relieve por uno de los más avezados sociólogos de la sociedad de consumo de masas (Lipovetsky, 2007). En estas sociedades, el individuo se gregariza o se diluye en un todo global, surgen nuevas formas de realzar la identidad, bien sea a través del consumo o a través de nuestro propio cuerpo. Vivir el presente se ha convertido en una preocupación por la salud y las enfermedades: *Homo sanitas*. No es de extrañar que Lipovetsky (2007), referido al “poder e impotencia del hiperconsumidor”, señale como tendencias del consumo las siguientes: 1) Medicalización del consumo: los gustos por la salud y productos sanos aumentan. 2) Gobierno del cuerpo y desposesión: el neoconsumidor busca combatir la mortalidad a prolongar su salud de manera natural. 3) Hipermaterialismo médico: “la farmacopea de la medicina”, nuestra necesidad de prolongar el bienestar nos la ofrece la medicina. 4) Centralidad del cuerpo: todo lo que tienes que ver con el bienestar físico-espiritual: yoga, pilates, masajes, saunas, etc. 5) Se valoran los placeres inmediatos (hiperconsumo).

En la misma línea, autores como Giddens (2000) nos hablan de una tendencia a la medicalización de la vida social en el mundo occidental. Desde finales del siglo XVIII, los médicos sustituyeron a los sacerdotes en el lecho de los moribundos, dejando la muerte de ser un pasaje espiritual y comenzó a ser un proceso natural supervisado médicamente (Walter, 1994, p. 12). De igual manera, autores como Seale (1998, p. 75) nos hablan de la influencia y de la extensión del discurso médico moderno incluso al propio gobierno de las sociedades modernas en las que se ha asistido a la

sustitución de dicotomías sociales básicas para la gestión del vivir y el morir: lo moral/inmoral fue remplazado por lo normal/patológico, sano/enfermo, saludable/no saludable.

El cuerpo como elemento de interacción social, ligado a la belleza y a la imagen, ha ido cobrando un estatus capital en nuestras sociedades. Para una adecuada comprensión de la prospectiva social, este no puede ser entendido más que como una unidad o una totalidad, esto es: la integración del cuerpo físico sano y la imagen que transmite a través del cuidado integral del mismo. En dicho cuidado cada vez se hace más difícil deslindar los aspectos estrictamente médicos de los terapéutico-preventivos, y de los relacionados con la belleza y la imagen. El cuerpo y su lenguaje es cada vez más apreciado como intermediario social (Fast, 1971), convirtiéndose en una fachada del éxito social en distintos órdenes (trabajo, amor, etc.) y ocupando un lugar central de la identidad del sujeto (Featherstone, Hepworth y Turner, 1991).

El cuerpo en la cultura de consumo está ahora sujeto a un millar de técnicas “disciplinarias” enfocadas a manipularlo y, en la medida de lo posible, a parecer atractivo y aún más “sexí”; así, junto a las dietas y programas de ejercicios, existen toda una serie de formas de trabajo corporal que se pueden realizar para realzar nuestro atractivo físico y crear un cuerpo bello (Entwistle, 2002, p. 155).

Referido al género (y al sexo), la identidad del sujeto está ligada en gran parte a ambos como construcciones histórico-culturales. Sobre este particular, son muchos los especialistas en la materia que han llamado la atención sobre muy variados aspectos cambiantes de las identidades masculina y femenina. Así y a modo de ejemplo, Butler (2001) nos habla de los “cuerpos que importan” refiriéndose a la incidencia de la escenografía social de los mismos; Schilder (1983) nos pone sobre la mesa la importancia de la imagen y la apariencia del cuerpo humano en sus procesos identitarios. Otros enfatizan los aspectos cambiantes de las identidades de género, bien sea sobre la masculinidad y sobre el incierto “futuro de los hombres” (Salzman, Matathia y O’Reilly, 2005), o a través del análisis de la “construcción de la masculinidad” (Valcuende del Rio y Blanco López, 2005) de los “peligros de ser varón” (Goldberg, 2005), sobre los cambios sociales y su influencia en la identidad masculina (Lomas, 2003), sin olvidar alguno de los aspectos referidos a la tradicional dominación de un género sobre otro (Bourdieu, 2000; 2004). Otros autores van a prestar especial

atención a la importancia y al alcance de las transformaciones de la identidad femenina y masculina, bien sea desde un punto de vista cultural (Morris, 2005; 2009) o social (Badinter, 1993; Castells y Subirats, 2007; Gil Calvo, 2000; Martínez Oliva, 2004). Desde la perspectiva de las sociedades globales, autores como Giddens (2000) hablarán de una transformación de la intimidad, a través del amor, el erotismo y la sexualidad; Castells (1997) lo hará sobre la identidad de género en la era de la información. Otros autores, especialistas en la denominada “sociedad del riesgo”, han puesto el acento en la importancia del sentimiento de seguridad (Beck, 1998; 2002; Luhmann, 1992) junto a la creciente individualización de los actores sociales y particularmente de las relaciones entre los sexos dentro y fuera de la familia (Singly, 2005; Touranine, 1987).

En cuanto a la sexualidad, la sociología ha puesto de relieve la importancia creciente del sexo en las sociedades, hasta el extremo que la sexualidad es una de las constantes que más han influido y permanecido a lo largo de la historia de la humanidad, lo cual no quita que haya una redefinición de roles y de identidades sexuales y del estatus de la sexualidad en la vida cotidiana de los sujetos y en la interacción social (Pinker, 2009). Asuntos estos que, referido a las sociedades contemporáneas, han llevado a algunos especialistas a hablar de la “cultura del *striptease*” (McNair, 2004), o sobre la importancia del sexo y su creciente independización de la procreación y de la familia (Baker, 2001), sobre la “caótica” incidencia de la sexualidad en el amor y en las nuevas formas de relación amorosa (Beck y Beck, 2001; Marina, 2007), sobre la “pornografía en la sociedad” (Lipovetsky 2002, pp. 76-78), o sobre el alcance y la transparencia de las nuevas identidades sexuales en general (Gil y Cáceres, 2008) y de las femeninas (Gimeno, 2005; Preciado, 2002; 2008; Puigvert, 2002) y masculinas en particular (Guasch, 1995), o sobre el sexo como “nueva adicción” (Valleur y Matysiak, 2005).

De otra parte, y referido al género, algunos autores, siguiendo a Foucault, hacen referencia al concepto de “tecnologías de género” para referirse a uno de los aspectos centrales en la articulación de la sociedad, como son las diferencias de género; con este concepto, se hace referencia a una muy variada gama de elementos que remarcan, definen y enfatizan el género de los sujetos (De Lauretis, 1989). Para esta autora, el género y las diferencias sexuales serían efecto de representaciones y prácticas discursivas. Las

tecnologías de género estarían ligadas con prácticas socioculturales, discursos e instituciones capaces de crear “efectos de significado” en la producción de sujetos hombres y sujetos mujeres (De Lauretis, 2000, p. 39).

No debemos olvidar la incidencia en la construcción social de la vejez y el género de conceptos como el de “modernidad líquida” (Bauman, 2003) y de “amor líquido” (2005), conceptos que incorporan los sentimientos (al igual que hace Collins) en el análisis de la sociedad. Tampoco quiero dejar de lado a Fukuyama (2003) y al “futuro post-humano”, en donde las intervenciones sobre el cuerpo (incluidos el género y la sexualidad) y los sentimientos pueden ser una realidad nada lejana.

También la sociología del género, unida a la creciente sexualización y sensualización de la vida social, incluido el consumo (Lipovetsky), son ámbitos en los que enmarcar esa “nueva” mirada sobre la vejez a la que antes me he referido. Las nuevas identidades de género, en continuidad con los trabajos sobre género de la sociología (Bourdieu, 2000; 2004) y el trabajo realizado por el feminismo, han subido un peldaño: poner a los hombres en el análisis y en el debate, compartiendo los métodos con los realizados sobre mujeres, lo que permite ver nuevas y diferentes maneras de ser hombre (ya no hay un modelo único y hegemónico). Sobre este particular, un informe reciente sobre el hombre del Siglo XXI (*A woman’s nation*, 2015), sostiene que el *Mad Men* ha sido sustituido por el hombre de familia emocionalmente inteligente, esto es, un hombre que conjuga el éxito con ser un buen padre, un buen marido, un buen hijo y un buen amigo, jugando un papel importante la inteligencia emocional en este nuevo varón, elementos que no son tan contundentes al referirse al hombre senior, ya que los varones mayores de 65 años identifican en menor grado la inteligencia emocional como parte de ser fuerte, y tienden a valorar más el poder físico (p. 58). Junto a la incorporación del hombre al debate sobre género, los debates sobre la construcción social del cuerpo homosexual empiezan a despertar el interés de los sociólogos de la vejez.

Los artículos que componen este monográfico de RASP nos aportan una visión complementaria de la vejez y el género. Se simultanean los análisis de la realidad española con las de otros contextos latino-americanos (Argentina, Brasil, México), así como las miradas: sociología y antropología. Siguiendo esto, se abordan asuntos tan interesantes como la viudez, la homosexualidad,

el estado de la cuestión de los estudios sobre vejez y género en Brasil (desde la perspectiva antropológica), el género y la generación en relación a la implicación política de los mayores, y la religión y género (también desde la perspectiva antropológica).

El sociólogo de la vejez Juan López Doblas nos aporta un muy documentado y enriquecedor trabajo sobre “Las mujeres viudas en España” que llena un cierto vacío en el tiempo sobre el conocimiento de las formas de vida de las mujeres viudas en España. La preeminencia de la mujer respecto al varón en situación de viudedad es un asunto que, siendo conocido, debe verse en un contexto de cambio social y familiar.

Como señala el autor, el hecho de que nos encontremos con un colectivo de personas que está adquiriendo una creciente relevancia demográfica (casi tres millones), y cuyos comportamientos y actitudes vienen cambiando profundamente en las últimas décadas, otorga un gran interés a su conocimiento sociológico. Justamente esto es lo que hace el autor en este estudio de corte cuantitativo (basado en el análisis descriptivo de los datos de los Censos de Población) y en el cual, a pesar de las limitaciones de información, se desgranar datos del mayor interés, entre los cuales se encuentran los aspectos sociodemográficos, la expansión de vida en solitario y las situaciones de convivencia familiar. El autor, con una visión global de los cambios familiares y una trayectoria notable en el campo de la sociología de la vejez, nos aporta algunas claves para el mejor conocimiento de este colectivo.

La antropóloga brasileña Andrea Moraes Alves (Universidad Federal de Rio de Janeiro), en su artículo sobre “Vejez y género en la antropología brasileña”, nos da una magnífica idea de los campos de interés de las ciencias sociales en Brasil y en particular de la antropología sobre las problemáticas de vejez y género. En este rico y documentado artículo, la autora plantea una muy interesante cronología (con afán de exhaustividad), de los estudios y la evolución de sus campos de interés. En el relato de autores y temas en relación al género y vejez, los divide en grandes campos: la familia, el trabajo, el cuerpo y la sexualidad. Desde la familia se abordan asuntos como los de las jerarquías de poder, las formas de transmisión de valores y las prácticas de cuidado; otros estudios analizan la presencia de mujeres “jóvenes abuelas” a las cuales se pone en relación con las “madres adolescentes”. Otros temas estudiados han sido: los hombres viejos de familias urbanas de estratos populares (la participación de viejos y viejas en

la reproducción del hogar y de sus miembros), los hogares unipersonales de mayores, los modos de vida y las experiencias de personas centenarias en familias brasileñas.

Con respecto al trabajo, los estudios demuestran que la conexión entre trabajo y familia es esencial para la comprensión de la vejez brasileña. Así se han estudiado, entre otros, los siguientes asuntos: los desafíos de la jubilación, el regreso al trabajo de personas jubiladas, que en Brasil es obligatorio para la mayoría de los jubilados debido a la precariedad de las jubilaciones; la constitución de una identidad política por los jubilados, sobre todo a través de la irrupción del movimiento social de los jubilados en el escenario brasileño de los años noventa.

Con respecto al cuerpo, género y vejez, los estudios han centrado su interés en la sociabilidad, el cuidado geriátrico, la salud y la violencia contra ancianos. En cuanto al cuerpo, se analiza la sociabilidad, prestando atención a las mujeres como grandes promotoras de la ideología de la “tercera edad” en Brasil. Por último y en lo concerniente al sexo (la propia autora es una de las autoras de referencia) se observa un creciente interés en los estudios por el tema de la sexualidad en la vejez y en las diferencias de género en cuanto a su percepción y la sociabilidad urbana en relación al cuerpo, habiéndose estudiado también asuntos tales como la homosexualidad.

En otro artículo (“¿Quién teme al espejo?..”), el sociólogo argentino Ernesto Meccia (Universidad de Buenos Aires y del Litoral) nos hace una muy enriquecedora aportación sobre la homosexualidad en la vejez, tema en el que es un especialista reconocido tal como avala su importante obra al respecto. Soportado en investigaciones empíricas, Meccia nos aporta sólidas bases teóricas sociológicas en torno a las representaciones sobre el envejecimiento gay que tienen los gays en la actualidad.

El autor no sólo hace un recorrido de estas grandes teorías y autores, sino que interactúa y media con ellas. Su estudio se soporta en tres grandes teorías: la de la “competencia en crisis”, la del “envejecimiento acelerado” y la del “estrés de minorías”. Así, en su artículo, Meccia, nos presenta las distintas formas en que los varones gays en proceso de envejecimiento se representan el envejecimiento gay. Las aproximaciones y aportaciones teóricas que el autor realiza son una contribución notable para el conocimiento de un asunto tan escasamente abordado por la sociología de la vejez. Sin separar el análisis del envejecimiento gay del análisis del

envejecimiento de cualquier otra persona, el autor hace un recorrido por los autores más relevantes que se han aproximado al asunto desde cada una de las perspectivas anteriormente mencionadas. Así, desde la teoría de la competencia en crisis, algunos de sus autores ponen de relieve la gran diversidad de patrones de envejecimiento, la presencia de aspectos positivos del envejecimiento gay y la alta satisfacción con la vida de muchos de los encuestados, contradiciendo así el estereotipo del hombre gay aislado, solo, viejo. De otra parte, la teoría del envejecimiento acelerado sostiene que los varones gays se ven a sí mismos como con más edad en un momento de la vida en el que los varones heterosexuales no se ven así. Por último, el estrés de minorías puede suponer entre otras cosas que el sentimiento de pertenencia a una minoría puede dar un resultado positivo, permitiendo resolver el estrés y volviendo a los gays mayores “competentes” para enfrentar lo que tengan que enfrentar.

Emilia Riesco Vázquez (Universidad de Salamanca) nos aporta un excelente trabajo sobre “Género y generación: influencia de la implicación política de los mayores en España”. La participación de los mayores en los comicios es un asunto al que hasta la fecha no se ha prestado la atención que requiere; el envejecimiento demográfico va aparejado al de los censos electorales, donde el elector de sesenta y más años representa en torno a un cuarto y un tercio del cuerpo electoral en los países envejecidos, como es el caso de España (en el Censo Electoral de 2011, un 23.5% de la población tenía 65 o más años).

El alcance del asunto, ya lo señalábamos hace tiempo, el envejecimiento de los censos y su feminización van a tener efectos importantes en los resultados electorales (Sánchez Vera y Bódalo, 2000); si a esto añadimos la implicación objetiva de los mayores en el ejercicio de su derecho al voto, estamos hablando de un asunto clave para la sociología política. Pero no todo es la edad, tal como señala Emilia Riesco en este excelente y necesario trabajo, junto a la generación y al género; el hecho de la pertenencia a una determinada generación está influyendo en la implicación en los asuntos públicos, ya que cada generación es distinta de las demás y marca a sus miembros con un cierto “determinismo generacional” debido a sus características comunes: el tamaño relativo, la educación recibida, la incorporación a la actividad laboral, el calendario de formación de familia, etc. La investigación está soportada en un estudio empírico, basado en la

explotación y análisis de datos del Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS): Barómetro de opinión, estudios Postelectorales de Generales, Parlamento Europeo y Andalucía.

El estudio analiza comparativamente dos generaciones: La “generación de la guerra” y la “generación del desarrollo”, y lo hace prestando atención al interés por la política, la participación y el comportamiento electoral. En este trabajo, también se aporta información relevante acerca de la próxima generación de mayores, que no sólo tendrá una gran importancia numérica sino que, previsiblemente, asumirá un importante protagonismo social.

En cuanto al género, según la autora, ha llegado la generación que ha superado el síndrome de la dictadura y que está alumbrando un nuevo tipo de ciudadanía con mayor compromiso cívico y que, como es de esperar, mostrará un mayor empoderamiento.

En su artículo “Las canas de la devoción: Prácticas religiosas y perspectiva de género”, el antropólogo de la vejez en México, Felipe Vázquez Palacios (investigador del prestigioso Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social del Golfo), nos pone en relación las distintas prácticas religiosas (católicos y evangelistas) con el género. No se trata en modo alguno de asunto menor, pues la penetración del evangelismo, sobre todo en las comunidades indígenas, es importante en muchos estados de México. En este artículo, Felipe Vázquez nos muestra los resultados de una importante investigación etnográfica (basada en 100 entrevistas y observaciones en profundidad) sobre la dimensión religiosa en contextos rurales del Golfo de México entre 2010 y 2015.

El artículo resulta de gran interés para interpretar las prácticas y los rituales en relación al género entre ancianos de iglesias católicas y evangelistas. Referido a la práctica religiosa, tal como el autor señala, el punto de partida es que cada etapa de la vida tiene su propia devoción, compromiso religioso y social, y que los roles masculinos/femeninos se reconfiguran, redefinen y flexibilizan conforme se transita a edades avanzadas (por arriba de los 75 años). Así, en la vejez, los factores asociados a la misma (pérdida de la salud, necesidad de cuidado y atención, retiro laboral, nido vacío, muerte del cónyuge y pérdida de status) en cuanto a las experiencias religiosas, favorecen una redefinición y flexibilización de roles masculinos y femeninos entrecruzando sus fronteras, lo que en la práctica se traduce en unas relaciones de mayor complementariedad y solidaridad entre

las personas envejecidas. De otra parte, la presencia de hombres y mujeres ancianas y su rol dentro de la comunidad religiosa (tanto en el plano práctico y ritual, como también en lo simbólico y en los significados) varían entre católicos y pentecostales.

Mi satisfacción por haber colaborado en la gestación de este monográfico de RASP sobre vejez y género. Mi agradecimiento al consejo editorial por darme la oportunidad de haberlo coordinado. Quiero mostrar mi gratitud especialmente a los autores que participan en el mismo. El haber contactado con ellos ha sido un honor, y una suerte el haber podido contar con sus valiosas aportaciones de expertos. Con cada una de ellas en concreto, y todas en su conjunto, creemos que se ha contribuido a enriquecer el conocimiento de las relaciones entre vejez y género. Con este número, RASP ha favorecido el encuentro de investigadores de América Latina y España, el conocimiento recíproco, y abierto y fortalecido nuevos ámbitos para afrontar las relaciones entre vejez y género.

Referencias

- Andrés Orizo, F. (1998). *Valores y Estilos de Vida de Nuestras Sociedades en Transformación*. Bilbao: Universidad de Deusto.
- Arber, S. y Ginn, J. (1996). *Relación entre género y envejecimiento*. Madrid: Narcea.
- A woman's nation (2015). *The Shriver Report Snapshot: An insight into the 21st century man*. Recuperado de <http://awomansnation.org/twenty-first-century-man-poll/>
- Badinter, E. (1993). *XY: La identidad masculina*. Madrid: Alianza.
- Baker, R. (2001). *El futuro de sexo. Reproducción y familia en el siglo XXI*. Madrid: Arena Abierta.
- Bauman, Z. (2003). *Modernidad líquida*. México: FCE.
- Bauman, Z. (2005). *Amor líquido: acerca de la fragilidad de los vínculos humanos*. Madrid: FCE
- Bazo, M. T. (2005). *Consecuencias del envejecimiento en la sociedad española actual*. Panorama Social 1. Madrid: CECA.
- Beck, U. (1998). Yo soy yo: Las relaciones entre los sexos dentro y fuera de la familia. En: *La sociedad del riesgo*. Barcelona: Paidós.
- Beck, U. (2002). *La sociedad del riesgo global*. Madrid: Siglo XXI.

- Beck, U. y Beck, E. (2001). *El normal caos del amor (Las nuevas formas de relación amorosa)*. Barcelona: Paidós.
- Berger, P. L. y Berger, B. (1972). *Sociology: a biographical approach*. Londres: Basic Books Inc.
- Bourdieu, P. (1986). Notas provisionales sobre la percepción social del cuerpo. En: VV.AA., *Materiales de Sociología Crítica*. Madrid: Las ediciones de la Piqueta.
- Bourdieu, P. (2000). *La dominación masculina*. Barcelona: Anagrama.
- Bourdieu, P. (2004). *El baile de los solteros*. Barcelona: Anagrama.
- Bourdieu, P. y Passeron, J. C. (2000): *La reproducción. Elementos para una teoría del sistema de enseñanza*. Madrid: Editorial Popular.
- Bretón, D. Le (2006). *La sociología del cuerpo*. Madrid: Nueva Visión.
- Butler, J. (2001). *El género en disputa: el feminismo y la subversión de la identidad*. México: Paidós.
- Cabré, A. (1993). Algunas consideraciones sobre el envejecimiento demográfico en España y su evolución futura. En: Sánchez Vera, P. (comp.), *Sociedad y población anciana*. S.P. Universidad de Murcia.
- Castells, M. (1997). *La era de la información, vol. II: El poder de la identidad*. Madrid: Alianza.
- Castells, M. y Subirats, M. (2007). *Mujeres y hombres. ¿Un amor imposible?* Madrid: Alianza.
- Castillo Castillo, J. (1997). El cuerpo recreado: la construcción social de los atributos corporales. *Sociológica. Rev.de Pensamiento Social*, 2, 27-44.
- Collins, R. (1997). Comment on Scheff. *Sociological Perspectives*, XL(4), 544–548.
- Elias, N. (2006). *El proceso de las civilizaciones*. México: FCE.
- Entwistle, J. (2002). *El cuerpo y la moda. Una visión sociológica*. Barcelona: Paidós.
- Fast, J. (1971). *El lenguaje del cuerpo*. Barcelona: Kairós.
- Featherstone, M., Hepworth, M. y Turner, B. S. (comps) (1991): *The Body: Social Process and Cultural Theory*. Londres: Sage.
- Foucault, M. (1990). Tecnologías del yo. En: *Tecnologías del yo y otros textos afines*. Barcelona: Paidós.
- Fukuyama, F. (2000). *La gran ruptura: naturaleza humana y reconstrucción del orden social*. Barcelona: Ediciones B.
- Fukuyama, F. (2003). *El fin del hombre: consecuencias de la revolución biotecnológica*. Madrid: Punto de Lectura.
- Giddens, A. (1995). *La Transformación de la intimidad: sexualidad, amor y erotismo en las sociedades modernas*. Madrid: Cátedra.
- Giddens, A. (2000). *Sociología*. Madrid: Alianza.

- Gil Calvo, E. (2000). *Medias miradas (un análisis cultural de la imagen femenina)*. Barcelona: Anagrama.
- Gil, M. y Cáceres, J. (coords) (2008). *Cuerpos que hablan (Géneros, identidades y representaciones sociales)*. Madrid: Montesinos
- Gimeno, B. (2005). *Historia y análisis político del lesbianismo*. Barcelona: Gedisa.
- Goffman, E. (1959). *The Presentation of Self in the Everyday Life*. London: Penguin Books.
- Goffman, E. (1979). *Relaciones en público: microestudios del orden público*. Madrid: Alianza.
- Goffman E. (1995). *Estigma: la identidad deteriorada*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Goldberg, P. D. (2005). *Los peligros de ser varón*. Madrid: Letra Clara.
- Guasch, O. (1995). *La sociedad rosa*. Barcelona: Anagrama.
- Hakim, C. (2012). *El capital erótico: El poder de fascinar a los demás*. Madrid: Debate.
- IMSERSO (2001). *Percepciones sociales sobre las personas mayores*. Madrid: IMSERSO.
- Lauretis, T. de (1989). *Tecnologies of Gender*. Bloomington: Indiana University Press.
- Lauretis, T. de (2000). La tecnología del género. En: *Diferencias. Etapas de un camino a través del feminismo* (pp. 33-69). Madrid: Horas y Horas.
- Lipovetsky, G. (2000). *La Era del Vacío*. Barcelona: Anagrama.
- Lipovetsky, G. (2002). *El crepúsculo del deber*. Barcelona: Anagrama.
- Lipovetsky, G. (2007). *La felicidad paradójica*. Barcelona: Prometeo.
- Lomas, C. (comp.) (2003). *¿Todos los hombres son iguales? Identidades masculinas y cambios sociales*. Barcelona: Paidós.
- Luhmann, N. (1992). *Sociología del riesgo*. México: Universidades Iberoamericanas.
- Marina, J. A. (2007). *Las arquitecturas del deseo*. Barcelona: Anagrama.
- Martínez Oliva, J. (2004). *El desaliento del guerrero (Representaciones de la masculinidad)*. Murcia: Ad Hoc. Cendeac.
- Mauss, M. (1971). *Sociología y Antropología*. Madrid: Tecnos.
- McNair, B. (2004). *La cultura del striptease. Sexo, medios y liberación del deseo*. Barcelona: Océano.
- Miret Gamundi, P. y Pérez Díaz, J. (2007): Sociología de las edades y sociología de la vejez. En: Pérez Yruela, M. (coord.), *La Sociología en España*. Madrid: CIS.
- Morris, D. (2005). *La mujer desnuda: un estudio del cuerpo femenino*. Barcelona: Planeta.

- Morris, D. (2009). *El hombre desnudo*. Barcelona: Planeta.
- Pinker, S. (2009). *La paradoja sexual*. Barcelona: Paidós.
- Preciado, B. (2002). *Manifiesto Contra Sexual*. Madrid: Opera Prima.
- Preciado, B. (2008). *Testo yonqui (sexo, drogas y biopolítica)*. Madrid: Espasa.
- Puigvert, L. (2002). *Las otras mujeres*. Barcelona: El Roure.
- Salzman, M., Matathia, I. y O'Reilly, A. (2005). *The future of men*. Ed. Palgrave McMillan.
- Sánchez Vera, P. y Bódalo, E. (2000): Actitudes políticas de los mayores en España. *Revista Española de Geriatria y Gerontología*, 35(4), 217-226.
- Sánchez Vera, P. (2008). ¿Hacia una sociología de la eternidad? Bases para una perspectiva de las sociedades macro-longevas. En: VV.AA., *Sociología y realidad social. Libro homenaje a Miguel Beltrán Villalva*. Madrid: CIS, pp. 219-237.
- Schilder, P. (1983). *Imagen y apariencia del cuerpo humano*. Valladolid: Cuatro Ediciones.
- Seale, C. F. (1998). *Constructing Death. The sociology of Dying and Bereavement*. Cambridge: Cambridge University Press
- Singly, F. de (2005). *L'Individualismo est un humanismo*. Paris: L'Aube.
- Touraine, A. (1987). *El regreso del actor*. Buenos Aires: Eudeba.
- Turner, B. S. (1989). *El cuerpo y la sociedad (exploraciones en teoría social)*. México: FCE.
- Turner, B. S. (1994). Avances recientes en sociología del cuerpo. *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 68.
- Valcuende del Rio, J. M. y Blanco López, J. (eds) (2005). *Hombres: La construcción cultural de la masculinidad*. Madrid: Talasa.
- Valleur, M. y Matysiak, J. C. (2005). *Las nuevas adicciones del siglo XXI: sexo, pasión y videojuegos*. Barcelona: Paidós.
- Walter, T. (1994). *The Revival of Death*. Londres: Routledge.

Pedro Sánchez Vera es Catedrático de Sociología en la Universidad de Murcia, España

Contact Address: psvera@um.es